

Mirada de un burgués irónico

El autor

Jorge Edwards (28 años, ex-
tudios en San Ignacio y en la
Escuela de Leyes, casado con
Pilar de Castro, un hijo) es
funcionario del Ministerio de
Relaciones Exteriores. Dirección:

—En el Ministerio, trabajo
en la sección de Política Económica,
y me dedico a las
cuestiones de la zona de libre
comercio, la sección menor
literaria del Ministerio, lo que

prefiero. Antes trabajé en una
oficina comercial. También,
durante un tiempo, como abo-
gado de una línea aérea, em-
pleo en que me veía forzado a
ir a Chamaral y a Pórrerillos,
a meterle plomo a algún agen-
te que se había levantado la
plata. Terminábamos tomando
vino con el juez y con los ca-
mineros. Luego, tuve una
aventura agrícola: arrendé un
finco durante dos años, y pa-
sé cuatro pagando las deudas.

Siempre he sido un burgués.
Pero en los cuentos de Ed-
wards, la burguesía es sólo no-
minal. El burgués no observa
con tanta agudeza, no ve tan
claramente el hálito ni la tra-
gedia oculta en las pequeñas
vidas incógnitas de los ciudadana-
nos, ni tiene el sentido armónico
de la estructura artística de un
cuento como Jorge Edwards.
Al leer sus cuentos, esas
calidades satisfacen plena-
mente. Pero hay cosas que
faltan. Una quisiera que Jorge
Edwards, en lugar de observar
con tanta maestría —o tal vez,
además de hacerlo— se me-
tiera más en su obra, en un
sentido existencial, se atreviera
a usar color, tiempo, fantasía.
Sus personajes carecen de
voluntad; las cosas simplemente
les suceden. Y para el
nombre contemporáneo, la
tragedia de la voluntad que se
rompe, o permanece y algo
frente al caos, es el problema
más vital.



JORGE EDWARDS
Escribe historias de
pequeñas desilusiones.

EN 1932, el volumen de
cuentos "El Patio", de Jorge
Edwards, provocó gran re-
vuelo entre la crítica. En re-
latos memorados e íntimos, un
sentimental de 21 años
rechaza una mirada a su pro-
pio pequeño mundo. La alta
burguesía chilena no era con-
denada ni ensalzada; era, sim-
plemente. Y como sucedería
en cualquier grupo humano, la
observación inteligente del au-
tor arranca de ella rasgos de
poesía sin intención y ahorra
penas, con intención disimulada,
los defectos. Ni predios ni
análisis. Sólo memoria, estilo
limpio. En el nuevo libro de
Jorge Edwards, "Gente de la
Ciudad", las cualidades de "El
Patio" continúan, y se per-
fexionan. Hay tal vez menos
color, pero sí más sutileza. La
intención es más clara. Pero
el tono irónico, que oculta
una fuerte corriente de
pasión humana subterránea,
impide todo sentimentalismo.

Después de muchos años en
que en la literatura chilena la
visión de los autores estaba
dirigida hacia el campo, la
ciudad ha irrumpido con fuer-
za en la narrativa. Desde "El
Tiempo Humano", la notable
novela de Guillermo Allier,
hasta ahora se puede decir
que los escritores chilenos han
abandonado por completo el
campo, y que encuentran el
símbolo, sumergido o explícito,
en las calles y las casas y las
vidas de la ciudad. En el últi-
mo mes aparecieron dos libros
que tienen mucha en común:
el de Jorge Edwards, y "Gente
Solitaria", de Pío Deliano. Tie-
nen en común tanto que lo se
puede dejar de ver el contraste:
el de Edwards, irónico, ana-
lítico, con un estilo ya forma-
do. En el de Deliano, acoona un
temperamento de mucha fuer-
za; es copioso, afectivo, que
tiene todavía la marca del
cuentista principalmente: el
final es a menudo forzado, y
lo que podría llamarse mora-
leja, suele ser demasiado ex-
plícita. Los personajes de Jorge
Edwards se mueven solos,
no necesitan explicación. Pero
carecen de la vitalidad, del co-
lor y de la emoción de los de
Deliano.

Poesía al revés

El mundo de personajes de
Jorge Edwards no puede ser
menos esperanzador. Anulando
casi por completo la anécdota,
carioca, casi de argumento.
Una señora va a visitar a su
hija casada con un señor "de
buena familia", y no se atre-
ve a quedarse a almorzar. Un
muchacho se emborracha en
una fiesta de caridad en un
balneario. Dos amigos se ena-
moran de la misma muchacha,
y comparan impresiones. Nada
parece tener color ni gusto;
es como si todos los perso-
najes estuvieran atados a la
rueda aburridísima de una vi-
da que gira siempre monóto-
na. Pero, y es un pero impor-
tante, los personajes de Jorge
Edwards esperan algo, algo
que nunca se cumple; puede
ser más que el deseo de en-
tretenerse con un libro recién
comprado, pero esperan algo
que nunca se cumple. Porque,
cada cuento de Jorge Edwards
es, a su manera, la historia de
una desilusión. Es como si pa-
ra ellos, la vida resultara
siempre como una prenda de
vestir vista al revés; ellos sólo
pueden ver las costuras, los
divanes, cuando esperaban
ver algo más hermoso. En este
centro de la vida, que presenta
Jorge Edwards, por la fuerza
que le da lo no explícito de la
tragedia, reside también un
don poético del autor: la su-
perficie de poesía, se transfor-
ma, a veces, en gran poesía. El
cuento final, es, tal vez, el más
débil. Edwards mismo dice
que lo concebía como un es-
quema para una novela, y fue-
ra lo fue agregando detalles —
lo que es visible—. Los cuentos
de "Gente en la Ciudad", cu-
bren sólo un pequeño trozo de
tiempo; lo que dura un cam-
bio de humor, de sentimiento.
En "El Último Día", el tien-
po se extiende, y el autor, que
jamás peca de exótico, de-
sca. El cuento queda en esque-
ma para una novela.

FECHA DE PUBLICACIÓN

1961

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Mirada de un burgués irónico [artículo].

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile